

Europa del Este:

¿Al capitalismo o al socialismo democrático?

Demetrio Boersner

Los asombrosos cambios que están ocurriendo en Europa del Este son percibidos por los conservadores como indicación del presunto fracaso del "socialismo" y del triunfo universal del sistema capitalista. Pero un análisis serio de la historia y la dinámica social del Este europeo tiende a llevarnos a conclusiones distintas. Lo que se está desintegrando en esa región es un colectivismo o presocialismo rudimentario, con groseras deformaciones burocráticas y autoritarias. Su desaparición no significa necesariamente que los pueblos que lo rechazan vayan a optar por la restauración capitalista integral. Es posible que más bien avancen hacia un socialismo auténtico, humanista y democrático, conforme al pensamiento de los clásicos del movimiento obrero internacional y basado en una economía mixta: el mercado, con regulaciones conducentes a la justicia distributiva.

Tal vez en una primera etapa, por reacción visceral contra todo lo que se denomine "socialismo" (término que los comunistas desacreditaron en aquellos países), y por idealizar un "mundo libre" cuyos lados negativos aún no conocen, los pueblos de la región se vuelquen hacia la derecha. Pero hay motivos para pensar que posteriormente, a mediano plazo, vuelvan hacia fórmulas que combinen la libertad individual con mecanismos de justicia social a los cuales el propio régimen comunista los tenía acostumbrados. Así desembocarían, en una segunda etapa, en un sistema de democracia social distinto del capitalismo neoliberal y quizás parecido al que actualmente existe en Suecia y otros países nórdicos.

Para las naciones de América Latina, África y Asia, seguramente la primera fase de la evolución de Europa del Este traerá problemas e inconvenientes. Por una parte, el Occidente industrializado ha comenzado a mirar hacia el Este y no hacia el Sur, y está relegando nuestras necesidades y nuestros planteamientos a un segundo plano. Por la otra, el Este recién "descomunizado" tiende a echar por la borda las alianzas con el tercer mundo, junto con los demás compromisos de su pasado leninista. Pero existen motivos para pensar que a mediano plazo esos inconvenientes pueden ser superados. En todo caso Latinoamérica debe tener paciencia y tratar de convencer paso a paso a los europeos del Este de que, en última instancia y pese a todo, tenemos intereses comunes.



EL SOCIALISMO: DEMOCRACIA INTEGRAL

La génesis de los grandes problemas hoy planteados ante los partidarios del socialismo democrático se encuentra, evidentemente, en las luchas sociales de comienzos del siglo diecinueve cuando, en las riberas del Atlántico Norte, surgió el capitalismo industrial moderno y, junto con él, la más intensa e inhumana explotación del proletariado fabril.

Al movimiento obrero emergente y a sus guías intelectuales se les hizo evidente que la democracia política preconizada por la Revolución Francesa de 1789-1797 quedaba imperfecta e ilusoria mientras no se le diese una base de democracia social y económica. Como lo expresó Saint-Simon, se necesitaba una segunda revolución para completar la arriba mencionada: una revolución democrática de las relaciones socioeconómicas.

Aunque algunos socialistas revolucionarios tales como Cabet y Augusto Blanqui plantearon la presunta necesidad de que la revolución social se realizase bajo la dirección dictatorial de una élite, y que incluso después de su triunfo esa élite mantuviera su dictadura por cierto tiempo, la mayoría de los grandes dirigentes del movimiento obrero mundial rechazaron todo autoritarismo elitescos y afirmaron la necesidad de que la lucha por la nueva sociedad justa tuviese el carácter más totalmente democrático. Los propios trabajadores, desde la base, por libre especulación, debían crear y dirigir su movimiento emancipador.

Quienes más enfáticamente defendían ese punto de vista y atacaban toda desviación elitesca, autoritaria o dogmática dentro del movimiento obrero, eran Carlos Marx y Federico Engels. Un análisis sistemático de los escritos políticos de esos dos clásicos del socialismo indica, sin lugar a dudas, que su apego a la democracia (tanto dentro del partido obrero como para la sociedad en general) fue constante y profundo. (1) Nada es más injusto e indica mayor ignorancia o falta de buena fe, que la identificación, que tantas veces se ve en cierta prensa, del stalinismo y del neostalinismo

con "las ideas de Carlos Marx". El verdadero Marx no fue de ningún modo precursor del colectivismo autoritario sino de los movimientos y ensayos encaminados hacia un socialismo democrático y humanista.

DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE AL COLECTIVISMO BUROCRATICO

A principios del siglo veinte, el movimiento obrero internacional comenzó a dividirse entre reformistas y radicales. Los primeros — representados en su expresión más acabada por Eduardo Bernstein — reflejaban la realidad de las sociedades altamente desarrolladas y parlamentarias, donde la opción gradualista era viable. Los radicales (comunistas) tuvieron como su centro principal a Rusia, país subdesarrollado y represivo, donde Lenin tuvo razón en plantear la lucha en términos de violencia, bajo la dirección de una vanguardia disciplinada que orientaría a las grandes masas populares, aún en su mayoría campesinas y analfabetas.

Contrariamente a las previsiones de Marx, el sistema capitalista internacional, bajo el impacto de la primera guerra mundial, se quebró primero en su "eslabón más débil" (menos desarrollado) en vez del más altamente industrializado. Cuando, contrariamente a las esperanzas de Lenin, la revolución socialista no estalló en los países del Occidente sino que en ellos sobrevivió el capitalismo, el proceso ruso quedó aislado, y, por ello, comenzó a sufrir deformaciones previsibles y probablemente inevitables en ese medio aún atrasado y marcado por terribles tradiciones despóticas.

Justo antes de sufrir su primer derrame cerebral, en 1921-1922, Lenin quiso detener la deformación autoritaria que ya se notaba, mediante el restablecimiento de una democracia soviética que conllevaría la relegalización de partidos políticos no comunistas, pero no tuvo tiempo para hacerlo.

Luego de su muerte, el poder de decisión se fue concentrando cada vez más en manos del partido, que



sustituyó a los soviets (consejos populares), alegando que la base trabajadora no poseía la preparación suficiente para gobernar eficazmente. En una segunda etapa, incluso dentro del partido, fue desapareciendo la democracia interna, concentrándose el poder en las manos de la capa burocrática dirigencial. Por último, a partir de 1927-1928, la propia capa dirigente tuvo que entregar el mando a su caudillo máximo, José Stalin. (2)

Debido a la insuficiente cultura política del pueblo ruso de aquel entonces, en cuyo seno el proletario industrial era una minoría, y debido también al peso de las tradiciones autoritarias provenientes de la historia del país ("el zarismo renació y se infiltró en el partido", dijo Lenin), el proceso de transformaciones en el mayor país de Europa oriental no desembocó en un auténtico socialismo sino en un presocialismo o colectivismo burocrático y despótico.

No obstante esa grave deformación, el sistema soviético generó hazañas progresistas heroicas. Los errores y crímenes de Stalin no impidieron que, pese a todo, se pregonaran y se difundieran ideas socialistas y que, junto con la modernización y el desarrollo dinámico y acelerado de la economía y la cultura, se implantase la justicia distributiva. El pueblo soviético y también sus dirigentes realizaron proezas heroicas en la construcción del nuevo país, su defensa contra los invasores nazis, y su reconstruc-

ción después de la victoria del 45.

Para el año 1955, el crecimiento económico soviético fue incomparable: 11,2 por ciento. Aún en 1960 seguía siendo el más alto del mundo, con 9,2 por ciento. Hasta ese momento, no obstante los lastres autoritarios y burocráticos del régimen colectivista soviético, era un sistema eficaz, que aumentaba la riqueza global y la distribuía con considerable equidad. Un sistema que, si bien no era realmente socialista, por lo menos parecía tender hacia el socialismo y lucía apto para servir de modelo a otros países en vías de desarrollo, inclinados a imitar el camino tomado por la URSS.

En 1960 nadie sospechaba que de allí en adelante el desarrollo soviético se estancaría y el país entraría en una crisis regresiva cada vez más pronunciada.

LA EXPORTACION FORZOSA DEL MODELO SOVIETICO

Después de su victoria sobre los invasores nazis, la Unión Soviética se convirtió en la potencia hegemónica de Europa centro oriental, a cuyos pueblos liberó de la dominación fascista (con excepción de los yugoslavos y albaneses, que lo hicieron por sus fuerzas propias).

Como era casi natural, sobre todo a partir de 1947, cuando se inicia la etapa de la bipolaridad y la guerra fría, el sistema de la potencia hegemónica era adoptado y copiado en su esfera de



influencia respectiva. Al dirigir la reorganización de Europa del Este, mal se podía esperar que la URSS les diera un sistema distinto del suyo propio. Pero el resultado objetivo fue deplorabile:

A unos pueblos que no habían hecho revoluciones propias ni estaban listos para abrazar fórmulas "socialistas", se les impuso desde arriba y desde afuera el sistema del colectivismo burocrático ruso, con el resultado (previsible) de que nunca lo aceptaron plenamente y que se aprovecharían de la primera oportunidad para rechazarlo por "foráneo" y por "régimen de ocupación".

La historia le daría total razón a Engels, quien había escrito que la revolución bajo ninguna circunstancia se podrá exportar, y que "el socialismo victorioso en ningún caso podrá imponer a otros pueblos unas 'bendiciones' que ellos mismos no hayan buscado".

LA CRISIS DEL COLECTIVISMO BUROCRÁTICO EN LA URSS

Como lo señalamos más arriba, hasta 1960 el crecimiento económico de la URSS fue muy elevado, lo que significa que el sistema fue eficaz durante la etapa de desarrollo en que las tareas a cumplir eran esencialmente cuantitativas y básicas. Pero cuando se entró en la fase del desarrollo cualitativo y de alta sofisticación científica-tecnológica, el colectivismo buro-

crático comenzó a fallar.

Se calculó que para cumplir con sus tres objetivos básicos—a) financiar el desarrollo, b) elevar el nivel de vida de la población y c) mantener el status de superpotencia y la carrera armamentista con Estados Unidos—, la URSS necesitaba una tasa de crecimiento económico interanual superior al 4%. Para 1980, el crecimiento soviético había caído por debajo de ese umbral y seguía bajando. Por ello, los propios dirigentes del sistema debieron buscar la manera de reformarlo.

Las causas del proceso de deterioro ocurrido entre 1960 y 1985 parecen ser fundamentalmente las siguientes:

1) El centralismo burocrático es inadecuado como marco para avances científicos y tecnológicos complejos, tales como los que se necesitaban para competir con el Occidente durante los pasados 25 años. Tales avances necesitan de la acción de mentes individuales libres, con incentivos a la creatividad y la originalidad personales, así como de instituciones y mecanismos flexibles y pragmáticos.

2) Contrariamente a esas exigencias, la burocracia soviética es una capa social conservadora, letárgica e inmovilista. El burócrata autoritario no es innovador; le interesa mantener su posición prestigiosa y privilegiada con el menor esfuerzo posible; su nivel de ingreso nada tiene que ver con la productividad ni la eficiencia (la falsificación de las cifras de produc-

ción se convirtió en práctica generalizada).

3) A medida que se alejaban los recuerdos de los tiempos heroicos de la "construcción del socialismo" y de la gran guerra patria, en la URSS a todos los niveles se ha perdido la fe en el ideal comunista o en cualquier otro. El progresivo estancamiento de la producción material soviética estuvo acompañado de una crisis ideológica y moral grave: el cinismo y la corrupción crecieron desmesuradamente. Los factores de deterioro material y moral se enlazaron en un engranaje de causa-efecto recíproco, que sólo podría ser frenado por la acción política de hombres lúcidos

y virtuosos, ubicados en el propio seno de la capa dirigente, que desde arriba abrieran las compuertas a las corrientes renovadoras populares.

GLASÑOST Y PERESTROIKA

Ante la realidad arriba descrita, Mijail Gorbachov y sus compañeros concluyeron que la renovación y salvación de su país requería los siguientes remedios heroicos:

a) Abrir las compuertas a la democracia y el pluralismo, para sacudir al país y su dirigencia, renovando esta última desde las filas del pueblo. Esa liberalización política es la denominada "glasnost" (transparencia o sinceración), que, de ser llevada a efecto plenamente, conlleva un tremendo sentido revolucionario o de reestructuración del poder: nada menos que la transición del colectivismo autoritario a un socialismo democrático.

b) A través de las nuevas fuerzas populares liberadas por la glasnost, descentralizar y flexibilizar grandemente el sistema económico, desestanzando sectores no esenciales y pasando de la planificación centralizada a una planificación flexible, combinada con el funcionamiento de las fuerzas del mercado. (El precedente histórico lo constituye la Nueva Política Económica o NEP implantada por Lenin en 1921, por lo cual Gorbachov sigue considerándose esencialmente leninista). Como es obvio, la perestroika o reestructuración de la econo-

mía en el sentido indicado equivaldría a un virtual derrocamiento de la burocracia estatal de su puesto de capa dirigente omnímoda a una posición más modesta.

c) Para financiar la renovación, reducir drásticamente los gastos militares y recabar inversiones y créditos occidentales, a través de una audaz política de paz y de renuncia voluntaria a posiciones imperiales. Desde 1947, cuando Inglaterra laborista concedió la independencia a sus principales colonias tales como la India, ningún centro imperial ha renunciado voluntariamente a su poder en una forma tan radical e impresionante. (3)

DESINTEGRACION DE UN BLOQUE Y CRISIS DE UNA POTENCIA

El programa de democratización y reestructuración iniciado por Gorbachov a los pocos meses de haber sido electo a la jefatura del PCUS en 1985, se ha radicalizado ciertamente más allá de los límites originalmente previstos por su autor.

Cuando Gorbachov anunció a sus aliados de Europa centro oriental que de allí en adelante quedaban libres de la dominación imperial de la URSS, sin duda abrigaba la esperanza de que los líderes comunistas de dichos países, a través de unas reformas internas rápidas y audaces, lograrían conservar, si no el poder exclusivo, por lo menos una influencia preponderante sobre sus naciones. Tal esperanza resultó ilusoria. Por su formación y deformación burocrática, la mayoría de los mandatarios de Europa centro oriental no supieron emprender la vía de la reforma ni renovar dinámicamente su actuación, de modo que fueron barridos por sus pueblos, y en primer lugar por las alas democráticas y renovadoras de sus propios partidos. Pero tampoco esas alas renovadoras del comunismo —por más que proclamasen su voluntad de transformarse en socialdemócratas— han logrado permanecer en el poder. Los ex-"satélites" de la URSS, uno tras otro, están repudiando sus compromisos con esa potencia y están rechazando las fórmulas enfá-

ticamente "socialistas". Es la amarga cosecha que recoge el colectivismo burocrático por haber violado la enseñanza de Federico Engels sobre la no exportabilidad de las "bendiciones" socialistas.

En la propia URSS, uno de los efectos del relajamiento de la autoridad central y de la nueva tolerancia política, fue un poderoso ascenso de todos los nacionalismos y separatismos de las nacionalidades o etnias no rusas incluidas en la vasta federación.

Lenin—siempre más sabio que sus sucesores— había dicho y repetido que la nación gran-rusa, opresora de otros pueblos en la época de los zares, debía hacer concesiones amplísimas a dichos pueblos y otorgarles el derecho a la autodeterminación y la secesión. Sólo por la persuasión amistosa, a través del partido comunista, se debía tratar de lograr que los pueblos minoritarios olvidasen y perdonasen los abusos pasados y aceptasen, pese a todo, una unión confederal o federal con los rusos.

Stalin acogió estas ideas en teoría, pero en la práctica las violó descaradamente, imponiendo a las nacionalidades pequeñas una nueva dominación granrusa y generando nuevos resentimientos y conflictos nacionales.

Para comienzos del año 1990, se observa una situación extremadamente crítica, en la cual no sólo el bloque otrora dominado por la URSS está en plena desintegración, sino que además el proceso centrífugo se ha extendido al propio país soviético, amenazado en su integridad por la rebelión secesionista de los pueblos más diversos.

Al mismo tiempo, mientras la burocracia conservadora y diversos elementos tradicionalistas o reaccionarios resisten rabiosamente a la perestroika y tratan de sabotearla, en el otro extremo los reformistas radicales, fascinados por el Occidente, exigen una liberalización precipitada que trascendería los límites de cualquier socialismo.

Obviamente Gorbachov y los reformistas soviéticos abrieron las compuertas a conflictos y contradicciones que amenazan con adquirir dimensiones incontrolables y destructoras.

DESCONCIERTO EN EL TERCER MUNDO

Lenin, gran teórico de los problemas del imperialismo y de la lucha antiimperialista, pregonó la necesidad de una alianza mundial entre los obreros de los centros industrializados, en lucha por el socialismo y los movimientos de liberación anticolonialista y anti-neocolonistas de Asia, Africa y América Latina. Ambos grandes movimientos emancipadores tenían un adversario común—el imperialismo de los consorcios transnacionales y las grandes potencias conservadoras—, y por ello debían entenderse y coordinar su acción.

Esa teoría se encuentra en la base de toda la vasta estrategia desarrollada por Moscú durante las pasadas décadas, para apoyar, influir y utilizar movimientos de liberación nacional a lo largo y ancho del tercer mundo.

No sólo los movimientos de liberación radicales, tales como los de Cuba, de Angola o de Vietnam, sino también los de tipo reformista y tendientes hacia la socialdemocracia consideraban como básicamente útil la existencia de la estrategia soviética de penetración y captación en el tercer mundo. La presencia soviética, enfrentada a la norteamericana y occidental, ofrecía a las naciones deseosas de un desarrollo realmente independiente la posibilidad de jugar la carta del no alineamiento y sacar provecho de la rivalidad entre los dos bloques. Los grandes progresos logrados por el tercer mundo en los últimos treinta años se debieron en gran medida a esa situación de bipolaridad y de poder negociador para los no alineados.

Repentinamente, esa estrategia ha sufrido un colapso completo. El precio que Gorbachov está dispuesto a pagar para reducir los gastos y compromisos del gobierno soviético y poder concentrarse enteramente en la tarea de la reforma interna, incluye la renuncia a la influencia "antiimperialista" de la URSS y del movimiento comunista en el tercer mundo. Vietnam, Cuba, Angola, Etiopía y los demás países radicales y prosoviéticos de Asia, Africa y Latinoamérica han recibido claras señales de que Moscú

ya no les ayudará como antes: deben, de un día para otro, andar solos y buscar la manera de lograr una fórmula de coexistencia con las potencias occidentales, aun al precio de grandes concesiones.

Aun naciones tercermundistas democráticas y moderadas, como la India o las del Grupo de los Ocho en nuestro continente, se ven obligadas a revisar su estrategia. El no alineamiento (¿no alineados con qué?) necesita ser redefinido y reajustado a una nueva situación mundial en la cual uno de los dos polos tradicionales se siente triunfante, en tanto que el otro parece haberse esfumado.

El resultante debilitamiento de los países del Sur, enfrentados a los del Nor-Occidente en agudas divergencias económicas, se agrava aún más si consideramos que en los próximos años la atención del Oeste (sobre todo la Comunidad Europea) se centrará en Europa del Este y, en general, los países ex-comunistas, como terreno preferido para el comercio y la inversión.

"ESCENARIOS" FUTUROS

Hasta aquí hemos esbozado una visión panorámica de los sucesos y las tendencias que se manifiestan en Europa del Este, señalando los orígenes históricos de los mismos y la dinámica sociopolítica que los viene impulsando. Ahora volvemos a la interrogante planteada en el título y en la introducción: ¿a dónde va Europa del Este, al capitalismo o al socialismo democrático?

Esencialmente existen dos tipos de "escenarios": los que prevén el fracaso del proyecto de Gorbachov y los que contemplan su eventual éxito.

El proyecto de Gorbachov, coincidente con el de la socialdemocracia occidental y sobre todo escandinava, es el de lograr la transformación de toda Europa del Este, incluida Rusia, en unas sociedades de economía mixta, ni capitalistas neoliberales ni tampoco colectivistas autoritarias, sino socialistas democráticas.

Los "escenarios" pesimistas con respecto a ese proyecto suponen que el prejuicio de los pueblos del Este contra cualquier tipo de "socialismo"

los impulsará a escoger definitivamente las fórmulas capitalistas integrales y la subordinación a las corrientes conservadoras del Occidente.

Al mismo tiempo, prevén la continuada desintegración de la URSS y el surgimiento de nacionalismos y chovinismos violentos y pugnaces. En la propia Rusia, podría triunfar la alianza ultraderechista ya existente y organizada, de tradicionalistas partidarios del retorno a la "Santa Rusia" autócrata y ortodoxa con stalinistas defensores del burocratismo establecido. Tales brotes reaccionarios y chovinistas provocarían nuevas tensiones internacionales y Europa volvería a una situación como la que existía antes de la Primera Guerra Mundial. Ese sería el resultado negativo de la desaparición del orden internacional estable garantizado por la bipolaridad de los años 1945-1985.

Por el otro lado, los voceros más optimistas de la socialdemocracia y de otras tendencias socialistas democráticas han esbozado el "escenario" de la evolución directa e indolora del neostalinismo hacia una democracia social de tipo nórdico. Creemos que ese optimismo extremo y un tanto facilista debe ser descartado. Ya los acontecimientos cotidianos (además de las lecciones generales de la Historia) nos demuestran que la transición no será fácil ni indolora. Los procesos de cambio sociohistórico no se mueven en línea recta sino en zig-zags complejos. Los hombres "no reconocen sus propios intereses", y todo progreso tiene su costo en conflictos y sufrimientos.

Nos parece probable, como ya lo señalamos en los párrafos iniciales de este trabajo, que en definitiva, posiblemente a mediano plazo, los pueblos de Europa del Este arribarán a una forma de socialismo democrático más bien que a la restauración pura y simple del sistema capitalista. Ya la "macroencuesta" realizada hace poco por un grupo de periódicos europeos y publicada en el diario madrileño *El País* indica que, aunque aquellos pueblos rechazan el término "socialismo", los atrae fuertemente la "socialdemocracia". Declaraciones del Presidente Havel de Checoslova-

quia y de otros nuevos líderes de la región indican la misma tendencia. Ya los sindicatos obreros del Este están recordando con cierta nostalgia algunos aspectos positivos y justicieros del sistema que antes tenían. El futuro encuentro de los pueblos del Este con la realidad capitalista —la inefable "bondad" de los monetaristas y neoliberales que consideran el desempleo como vitalmente necesario para una economía "sana"—, ciertamente tendrá el efecto de hacerlo optar finalmente por una "tercera vía" que combine las ventajas del socialismo con la preciosa e imprescindible libertad y dignidad del individuo.

Pero antes de llegar a esa solución, creemos que habrá marchas y contramarchas. En un primer momento, el "antisocialismo" se impondrá y habrá virajes por lo menos temporales hacia la derecha. En los territorios que conforman la actual URSS, los nacionalismos virulentos causarán zozobra y violencia. La inestabilidad del Este angustiará a los estadistas del mundo y muchos recordarán con nostalgia la vieja situación bipolar, con su Brezhnev tan previsible y sólido.

Las naciones en vías de desarrollo contemplaremos con perplejidad el nuevo panorama y por lo menos durante cierto tiempo nos sabremos relegados a un segundo plano en la percepción de los países industrializados.

En última instancia, depende de todos nosotros, que la transición de Europa del Este, de su actual "descomunización" a una futura democracia social, sea lo más rápida y positiva posible. Todos podemos dialogar con los pueblos del Este y comunicarles nuestras ideas y preocupaciones, respetando al mismo tiempo su derecho a determinar su propio destino. Los latinoamericanos y demás tercermundistas en particular tenemos gran interés en establecer ese diálogo.

NOTAS

- (1) Demetrio Boersner, "Marx, Engels y la Democracia". *Revista Nueva Sociedad*, 1983
- (2) El estudio más completo y objetivo de este proceso sigue siendo la *Historia de Rusia Soviética* del historiador británico E.H. Carr.
- (3) Datos extraídos de: Ernest Mandel, *El Experimento de Gorbachov*.